

AGENDA CIUDADANA

CONTINUIDAD EN LA CLASE POLITICA

Lorenzo Meyer

La Corrupción.- Una vieja obra de Fred W. Riggs, (Administration in Developing Countries, 1964) sostenía que un tipo de corrupción podía jugar un papel positivo en algunas sociedades subdesarrolladas. El autor sostenía que para ciertas minorías altamente emprendedoras pero sin poder político –como las chinas en varios países de Asia--, la corrupción podía permitirles superar la discriminación a que les sometían de las clases dominantes, y jugar un papel dinámico que de otra manera hubiera sido imposible. Claro que Riggs estaba lejos de justificar la corrupción como tal, pues su propia investigación en Asia mostraba que la corrupción arraigada representaba un gran costo social neto.

Peter John Perry, en su geografía de la corrupción (Political Corruption and Political Geography, 1997) presentó una hipótesis más compleja. Según él, mientras en los países desarrollados de Occidente la corrupción política y administrativa es un fenómeno marginal –muy probablemente los casos de Enron, WorldCom, Xerox, Merck más los que vayan apareciendo, obliguen al autor a modificar este supuesto-, en los países del antiguo bloque socialista, con sus economías centralmente planificadas, la corrupción –al menos un tipo de ella-- resultó un ingrediente indispensable para el funcionamiento y sostenimiento del sistema. En efecto, y siempre según Perry, si en la antigua URSS todos los responsables de la producción no se hubieran salido de la legalidad, el sistema económico simplemente no habría funcionado y se hubiera colapsado casi desde el principio. Pero como el encargado de una planta industrial soviética obtenía en

el mercado negro parte de los insumos que requería y cuando los requería, y por la misma lógica colocaba algunos de sus productos en el mismo mercado informal, el ciclo permitía superar cuellos de botella y cumplir con la meta asignada, de manera que tanto la economía como la carrera del gerente corrupto podían seguir adelante, al menos por un tiempo. En contraste, la corrupción en el “Tercer Mundo”, siempre ha sido disfuncional al punto que: “...sin la corrupción, la mayoría de los países del tercer mundo serían más prósperos, y los frutos de esa modesta prosperidad podrían ser distribuidos de manera menos inequitativa, incluso dentro del injusto marco de la actual economía global” (p. 42). Es por ello que organizaciones como la OCDE o el Banco Mundial, han diseñado programas para combatir la corrupción pública como un obstáculo al desarrollo e incluso hay convenciones internacionales para desalentar a las empresas multinacionales que usan el soborno como medio para tener contratos en el mundo periférico.

Así pues, al inicio del siglo XXI hay un consenso: la corrupción, toda sin excepción, debe combatirse de manera sistemática y efectiva, si no por razones éticas al menos por las prácticas, pues distorsiona todo el mecanismo de asignación de recursos y es un estorbo para que el país afectado pueda acceder a las etapas superiores del desarrollo. La propuesta es clara pero nada fácil de poner en práctica, pues requiere la autorregeneración del sistema político y de administración pública. Hasta hoy, no hay una receta probada para cortar de manera efectiva una corrupción tan extendida y arraiga –centenaria-- como la mexicana. Desde luego que el cambio de régimen, justamente lo que ha experimentado México como resultado de las elecciones del 2000, pareciera ser un buen punto de arranque, pero hasta ahora el resultado también pareciera

indicar que, en sí mismo, ese cambio no es suficiente, que se necesita de algo más: de una clase política distinta.

Los de Antes y los de Ahora.- Hasta no hace mucho, la clase política mexicana se identificó como la “familia revolucionaria”, aunque en los años setenta del siglo pasado un autor norteamericano poco deferente, Roger D. Hansen, prefirió denominarla “la cosa nuestra” (La política del desarrollo mexicano, 1971) para hacer obvia la similitud entre esa “familia” y la “La Cosa Nostra”, la sociedad criminal, bien estructurada, que surgió en Sicilia en la Edad Media y que sigue operando.

En México y durante casi todo el siglo XX, el núcleo duro de la clase política —esa parte de la élite que siempre se impone sobre el resto de la sociedad gracias a su organización y control sobre el aparato del gobierno, Gaetano Mosca (1858-1941) *dixit*— se conformó con cuadros del PRI. A ese cuerpo central se le añadieron algunos tecnócratas que, sin ser formalmente del partido de Estado, le servían y se servían del mismo, y en su periferia también contó con un pequeño grupo de “compañeros de viaje”, como los miembros del PPS o del PARM. Se trató de un grupo compacto que no tenía que dar cuenta de sus actos a nadie fuera de sí mismo. Sin embargo, a raíz de la gran crisis económica y política de los años ochenta del siglo pasado, el sistema se vio empujado a una dinámica de cambios —la transición— y fue así como aparecieron los primeros gobernadores no priístas y aumentó el número de legisladores provenientes de la oposición, tanto de derecha como de izquierda. Surgió entonces la heterogeneidad en el seno de la clase política hasta llegar a ser lo que es hoy: un grupo genuinamente plural como resultado del advenimiento de un nuevo régimen.

En la actualidad, la clase política mexicana está formada por militantes de varios partidos en competencia entre sí, más un cierto número de individuos sin afiliación partidaria pero que en la práctica funcionan como cuadros de alguna de las tres grandes maquinarias partidistas. Se trata de la clase política de la democracia. En principio, este nuevo conjunto, por vivir dentro de una dinámica de competencia —la lucha de las élites— y por no estar ya organizada jerárquicamente ni subordinada a la voluntad presidencial sino que, al contrario, es capaz de oponerse a ella con éxito, debería ser mejor que la que dominó durante la larga era del antiguo régimen. Y en algunos casos y aspectos efectivamente lo es, pero desafortunadamente y en general, no parece ser muy diferente de la anterior: no es más eficiente, tampoco muestra mayor sensibilidad frente a las necesidades, demandas y exigencias de las bases sociales ni ha tenido éxito en desterrar las nocivas prácticas corruptas.

Hasta el momento, y a riesgo de ser injusto, puede afirmarse que, como conjunto, quienes hoy son los responsables de manejar las instituciones públicas mexicanas aún dejan mucho que desear frente al ideal de honestidad, eficiencia e identificación con la sociedad a la que dicen y deben servir. Para el ciudadano promedio, la corrupción pública con la que está en contacto —la del policía, la del empleado de ventanilla o la del juzgado, etcétera— se mantiene casi intacta a pesar del advenimiento de la democracia; la eficacia de la administración no ha aumentado como consecuencia del cambio de régimen y la insensibilidad de algunos de los nuevos gobernantes es tan notoria que incluso puede resultar escandalosa.

Una Clase Política Semi Nueva.- En la práctica, el cambio de régimen no ha resultado tan claro porque el grueso de las gobernaturas y presidencias municipales así como la mayoría relativa en el Poder Legislativo, sea el federal o el estatal, sigue en manos de los representantes del pasado, es decir, básicamente del PRI. En un buen número de entidades federativas la continuidad priísta simplemente no se ha roto y el presente es casi la continuidad del pasado. La dirección del viejo partido de Estado sigue conformada por personajes que se hicieron en el antiguo régimen, donde la corrupción era la norma. Por otro lado, los nuevos miembros de la clase política, no han podido o querido dar respuesta a los casos más escandalosos de esa corrupción del pasado, y el ejemplo más claro es el tema de los dineros de Pemex –la mayor empresa paraestatal-- que posiblemente pasaron al PRI –más de mil doscientos millones de pesos-- por la vía de un sindicato tan poderoso como desprestigiado: el STPRM. El gobierno de la democracia ha destapado el problema pero luego no ha atinado a resolverlo de manera efectiva. Y lo mismo puede decirse del posible pago de más de mil trescientos millones de pesos por una planta petroquímica que nunca se construyó en Coatzacoalcos, de la supuesta transferencia ilegal de productos de Caminos y Puentes Federales al PRI, de los recursos transferidos durante el sexenio de Carlos Salinas de la “partida secreta” presidencial a cuentas familiares, etcétera.

En suma, hoy una parte de la clase política destapa la corrupción de la otra parte, pero al final se muestra impotente para ir más allá, para hacer justicia. Exponer el problema por medio de filtraciones a la prensa lo revela pero no lo

resuelve, y el resultado puede ser, o ya es, el descrédito de toda la clase política y, en cierto sentido, del nuevo régimen.

Lo Nuevo que se A semeja a lo Viejo.- El PRI, al no ser confrontado efectivamente por su corrupción pasada, ha podido contraatacar a sus adversarios panistas llevando ante el Instituto Federal Electoral, y explotándolo al máximo en los medios, el caso de la transferencia de recursos privados pero de origen extranjero –hecho prohibido por la legislación sobre el tema-- a la campaña presidencial de Vicente Fox del 2000 por la vía de esa peculiar organización denominada “Amigos de Fox” (AF) y que tan buenos resultados dio como instrumento de campaña.

Aunque la escala es muy diferente –la cantidad que supuestamente llegó del exterior para AF y la campaña de Fox, es una pequeña fracción de la que se supone que el PRI extrajo ilegalmente de los recursos públicos--, resulta que el escándalo no sólo ha puesto a la defensiva al empresario Lino Korrodi (responsable entonces de AF), sino que ha logrado desacreditar al conjunto de los nuevos miembros de la clase política, empezando por el presidente, como abanderados de una nueva moral pública e indirectamente ha dañado la legitimidad misma del nuevo gobierno.

Los escándalos por los fraudes en las elecciones internas del PRD o los protagonizados por algunos presidentes municipales del PAN en el Estado de México --que incluyen hasta el asesinato de una joven edil cuyas investigaciones ponían en peligro negocios millonarios--, han servido bien para que quienes están interesados puedan señalar: finalmente el cambio político ha resultado sólo uno de personas, no de prácticas ni de actitudes ni, menos, de moral. Las recientes

elecciones en Nayarit y las encuestas de opinión en Nuevo León o Jalisco muestran que el reposicionamiento de la parte vieja de la clase política –la priísta-, se nutre ya del desprestigio de la nueva.

La Eficacia.- En la capital de la república y desde 1997 la izquierda –el PRD-- está al frente de la pesada y corrupta maquinaria de gobierno heredada del pasado. Ha transcurrido ya un lustro y el nuevo grupo sigue sin resolver el terrible problema de la inseguridad capitalina –robos violentos de todo tipo, secuestros—. La razón misma de ser de cualquier gobierno –la protección de la vida y de los bienes de los ciudadanos— y la opción de izquierda se mantienen en entredicho.

En el caso mexicano, la gran pugna dentro de la clase política –situación natural e incluso indispensable para que la democracia no pierda su vitalidad— ha llevado a algo muy parecido a la parálisis. Es verdad que el grueso de las iniciativas de ley del Ejecutivo han sido aprobadas por el Congreso, pero las más importantes o han resultado ineficaces --la reforma fiscal-- o simplemente no se han presentado por ausencia de acuerdo, como es el caso de la legislación sobre energía o sobre el nuevo código del trabajo.

Sensibilidad.- El optimismo desbordante del presidente Fox en el sentido de que la economía va “muy bien” o su insistencia en definirse como el conductor de México “hacia su grandeza”, contrasta de manera chocante con una economía que sigue estancada, con un gobierno ineficaz en la prestación de servicios públicos o impotente para revertir la gran iniquidad social que caracteriza a nuestro país. Ahí hay una muestra de falta de sensibilidad, como también la hay, y mucho mayor, en los casos de esos líderes políticos que olímpicamente hacen a

un lado el conflicto de intereses que produce su condición de litigantes exitosos, millonarios, y de legisladores de un país donde la mayoría es pobre de solemnidad.

En Suma: para superar los males del pasado no basta el cambio de régimen, hay que modificar también la naturaleza de la clase política, su calidad. Sin embargo, resulta que aquí y hoy, no se dispone de ninguna fórmula para lograrlo. De ahí la creciente frustración e insatisfacción en y con la vida pública.